

Ciudad y erotismo: un fenómeno existencial de la amontonada vida urbana

City and Eroticism: an Existential Phenomenon of Crowded Urban Life

Sandra Loyola Guízar

Habitantes de ciudades y de reinos son los representantes clásicos de un tipo de ser humano que posee la precaria capacidad psicopolítica de imaginarse unido, también en lo grande, tras paredes que respiran.

Peter Sloterdijk

Todos los días atravesamos la ciudad y la ciudad nos atraviesa: incorporamos sus dinámicas, sus lógicas caóticas y problemáticas. La piel de la ciudad nos toca, nos mimosa, nos cobija y nos lastima. Este texto ensaya la experiencia corporal en la arquitectura y la ciudad, desde la experiencia individual del encuentro primitivo con la comodidad como experiencia originaria, hasta la colectivización de los espacios urbanos en la modernidad industrial y posindustrial, en donde las masas toman la forma del recipiente que las contiene. El cuerpo, con sus elementos perceptuales, es aquello con lo que nos enfrentamos al mundo, pero también es con lo que trascendemos nuestros límites y hacemos contacto con otros cuerpos. La ciudad no es un espacio deserotizado —aunque el siglo xx haya soñado con la planeación de barrios asépticos, viviendas higiénicas y usuarios anestesiados— las ciudades siguen activando todos nuestros sentidos hasta saturarlos o incluso desbordarlos estéticamente y sinestésicamente.

La ciudad no es un espacio deserotizado, sigue activando todos nuestros sentidos hasta saturarlos o incluso desbordarlos estéticamente y sinestésicamente



Ilustración: Amarantha Aguilar

La humanidad: una historia de mimados

Según la mitología griega, el mundo en un inicio estaba poblado únicamente por divinidades, después fueron creados seres para morar la Tierra. Las criaturas fueron dotadas de virtudes relacionales para asegurar su sobrevivencia: garras, colmillos, caparazones, espinas, pelajes, patas ágiles, etcétera. En contraste con los animales, el ser humano quedó desnudo, carente e indefenso, por ello se cuenta que Prometeo robó el fuego a los dioses y se lo dio a los humanos para asegurar que sobrevivieran. La conservación y producción del fuego le tomó al humano miles de años, pero significó el fenómeno originario de la técnica humana que fundó la civilización y que aseguró la trascendencia de nuestra realidad, necesitada y carente en la inhóspita naturaleza.

Dejando de lado esta mitología, Peter Sloterdijk en su libro de *Esferas II* se pregunta por qué si durante mucho tiempo el hombre prehistórico no necesitó muros para vivir, luego fueron tan importantes para manifestar que los seres humanos tienen que ver unos con otros, la respuesta a esta pregunta la encuentra en el libro segundo, capítulo primero, de *Los diez libros de arquitectura* de Vitruvio, quien supuso que las brasas calientes del fuego salvaje provocaron tal sensación primigenia de comodidad para aquel hombre primitivo necesitado y carente (tal como lo describe la mitología griega) que dio pie a las primeras conversaciones, a las primeras comunidades y a la praxis arquitectónica.

En los primeros tiempos, los humanos pasaban la vida como las fieras salvajes, nacían en bosques, cuevas y selvas y se alimentaban de frutos silvestres. En un momento dado, en un lugar donde espesos bosques eran agitados por las tormentas y los vientos continuos, con la fricción de unas ramas con otras provocaron el fuego; asustados por sus intensas llamas, los que vivían en sus aldeaños, emprendieron la huida. Después, al calmarse la situación, acercándose más y más, constataron que la comodidad y las ventajas eran muchas junto al calor templado del fuego; acarreado más leña y manteniendo el fuego vivo invitaban a otras tribus y, con señas, les hacían ver las ventajas que lograrían con el fuego [...] por casualidad, surgieron las primeras conversaciones. Por tanto, habían surgido las asambleas y la convivencia [...] Las primeras comunidades.¹

La explicación de Vitruvio sobre el surgimiento de la civilización o la "proto-historia de la humanidad" es una especulación arriesgada que tendría que ver con el descubrimiento de las ventajas del fuego y el afán de conservarlo; esto de fondo supone el deseo de guardar el calor que mantenía a los seres humanos cómodos y reunidos.²

Es abrumador pensar en aquel momento en donde el hombre que vivía sometido a la intemperie, de pronto, bajo la vaga sensación de comodidad y la irradiación de calor bienhechora, comenzó desesperadamente a preservar aquella fuente de cobijo. Motivado por esta nueva sensación acogedora,

el ser humano comenzó a construir muros y a generar espacios en donde comenzaría a marcar su territorio de entre todo el espacio en el que anteriormente vagaba; así nació, según Vitruvio, el espacio arquitectónico y con él, la sociedad y el lenguaje. La especulación de Vitruvio tiene de fondo la necesidad humana de cobijo descubierta como algo casual, pero convertida en deseo primordial, "una magna *commoditas* que exige ser completada por un segundo confort: la casa."³

El fuego mima a los seres humanos y los hace dependientes del relax y la holganza: con ello la civilización puede comenzar como historia de mimos —y como lucha por el acceso a los escasos medios de mimo— [...] los primeros que disfrutaban del calor llaman a los más próximos y se comunican con ellos mediante gestos y palabras primitivas sobre las ventajas de la maravillosa fuerza central recién descubierta. Así pues, un socialismo térmico en el comienzo, una reunión originaria en torno a un fuego cuidado, un círculo de seres humanos en torno a lo que más tarde se llamará hogar o fogón.⁴

Sloterdijk reflexiona sobre la literalidad del relato de Vitruvio e imagina la conformación de un círculo alrededor del fuego,⁵ en donde todos de forma igualitaria, acceden al calor, sin embargo, cuando aumenta el número de necesitados de cobijo, y más seres humanos se interesan en experimentar para siempre la *commoditas* sucede que "si hay candidatos al calor que deben colocarse detrás, entonces surge la sociedad térmica de clases."⁶

En torno al fuego se creó el lenguaje y con él, la capacidad de organización y gestión del aprovechamiento de sus ventajas, así surgieron también las relaciones de poder y sus voluntades: la política, debido a la desigualdad causada por la ausencia de equidistancia entre los cuerpos y el calor.

Pensar en este sentido la historia de la humanidad, como la historia de mimos y la lucha por el acceso a los escasos medios de mimo y bienestar (energía, fármacos, textiles) es una interpretación de las primeras intuiciones históricas de la teoría de la arquitectura de Vitruvio. Con esto podemos hacer otro símil con las ciudades latinoamericanas, que se siguen articulando a través del discurso de la dicotomía entre un privilegiado centro y las desafortunadas periferias. Podemos ver que esta idea de "acomodo de la comodidad" es tan antigua como el hombre mismo. Implícita está también la noción de la búsqueda de espacios interiores que nos cobijen y nos mimen hasta la máxima sofisticación del aire acondicionado en el automóvil o las casas de cristal con calefacción en bosques nevados.

Lo humano: una relación térmica

La temperatura es una experiencia de la piel: el sentido del tacto es una forma de hacer contacto con los límites de las cosas del mundo e, incluso,



Ilustración: Arturo Rivera

percibir aquello que no tiene forma como lo frío o lo caliente. Las relaciones térmicas por más primitivas que parezcan tienen cargas culturales e ideológicas profundas. En la Grecia de la Antigüedad clásica, se relacionaba al hombre con lo caliente y a la mujer con lo frío, porque (dentro de la lógica patriarcal que caracteriza la historia de Occidente) el calor se relacionaba con la actividad y lo frío con la pasividad.

Los cuerpos juntos producen la sensación de cobijo o confort, propia del fuego primigenio de la que hablaba Vitruvio, éste es un fenómeno que tiene que ver con la transformación de las calorías en energía y la fricción de la sangre, pero se expresa en y con la piel que se enchina o suda; ese tejido, el más grande del cuerpo humano, que nos cubre, nos define, nos identifica y delimita las fronteras de nuestra identidad aparente, también es el que entra en contacto con otros aparatos perceptivos del cuerpo como el ojo, la mano, la lengua, la boca, la nariz y la oreja, juntos se encargan de complejizar nuestra existencia y trascenderla eróticamente.

El cuerpo es el primer espacio que habitamos y se manifiesta a través de los sentidos: el ojo no sólo mira, también llora. La mano no sólo toca, también acaricia y roza. La lengua no sólo saborea, también besa; la boca habla y se atraganta. La nariz no sólo huele, también recuerda; y la oreja escucha, que ya es bastante. Estos dispositivos del cuerpo extienden nuestros límites aparentes y activan nuestro contacto con el mundo, con el espacio urbano y con sus cuerpos.

Estos aparatos perceptivos, al activar nuestra relación con los otros y con el mundo, posibilitan lo erótico, y esto para Jean-Luc Marion en su libro *El fenómeno erótico* también es prueba de la certeza de nuestra propia existencia. La tesis central del libro le debate a Descartes el *Cogito ergo sum*, cuya crítica principal radica en el solipsismo con que nos deja esa afirmación, porque para Descartes la certeza de uno mismo, la encontramos en nuestra individualidad, en soledad. Marion lo debate cuando considera que la existencia de uno mismo sólo se confirma en la otredad, con la experiencia de nuestra propia carne, cuando es tocada por otra piel.⁷ Esto transforma

el racionalismo de Descartes en una erótica fenomenológica fundamental. El otro es quien posibilita la reducción erótica, esto quiere decir que el otro es quien me hace sentir mi propia carne y, por lo tanto, da seguridad de mi existencia: salgo del solipsismo del *ego* porque el otro permite que yo me sienta y me vea a mí misma. Retomando a los griegos, esto se explica con el mito de Narciso. El ser humano, al igual que Narciso, está condenado a no ver su cara por sí mismo, Narciso necesitó del lago, de su reflejo.⁸

Necesitamos al otro para mirarnos, conocernos y enterarnos de nuestra propia imagen. Nadie puede ver su propia cara, estamos por lo tanto condenados a reconocer la certeza del *ego* a través de la otredad. En palabras de Antonio Machado, “la incurable otredad que padece lo uno.”⁹ También es cierto que ni yo, ni nadie ha sentido su propia carne, sino sintiendo su carne que siente a otra. La carne y la imagen de uno mismo se experimentan por obra de otro. Así ese otro es quien asegura la existencia, la imagen y la carne.

El erotismo es un fenómeno que implica el encuentro de dos conciencias encarnadas que se tocan y se reconocen a sí mismas a través de ese encuentro. Marion lo explica:

La carne se opone a los cuerpos extensos del mundo físico no sólo porque toca y siente los cuerpos [...] sino sobre todo porque no toca los cuerpos más que sintiendo que ella misma también los está tocando [...] La carne no puede sentir nada sin sentirse ella misma y sentirse que siente (que es tocada e incluso herida por lo que toca).¹⁰

La piel, al entrar en contacto con otra piel tiene un riesgo patológico que no tienen los demás elementos perceptivos como la nariz, la oreja y el ojo. La carne al tocar otra carne es capaz de enfermarse epidemiológicamente, en el tacto se donan virus. La piel cuando entra en contacto con el mundo se lastima, sangra y cicatriza. Quien se defiende de nosotros afecta nuestra piel, y en nuestro recubrimiento epidérmico va quedando marcada nuestra historia como un palimpsesto.

El cuerpo: nuestra fuerza de trabajo

En la modernidad con el desarrollo del capitalismo, y en específico con el capitalismo industrial, se reorganizaron las relaciones del sujeto y su cuerpo. Porque el dinero, recordando a Marx, es tiempo de vida objetivado. Cuando se industrializan las economías y surgen las grandes metrópolis en el siglo XIX, la nueva clase social del proletariado tuvo que transformar sus sistemas tradicionales de vida y pasar casi todo su tiempo en fábricas. Estos lugares configuraron espacios nuevos, donde su fuerza de trabajo, el cuerpo, debía integrar todas las dimensiones de su motricidad. La fábrica deserotiza los cuerpos, porque los mecaniza y porque impone reglas para su despliegue, con horarios estrictos —de llegada, de salida, de comida, para ir al baño, etcétera— y movimientos específicos y repetitivos. Los operarios de las máquinas deben dar un máximo rendimiento marcado por la banda fordista y posteriormente la taylorista, que somete al cuerpo a ritmos específicos para la reducción o eliminación de “tiempos muertos;” en este sentido, desde el capitalismo industrial la productividad del trabajo y por lo tanto la generación de dinero, va en relación con la motricidad del cuerpo humano.

Consecuentemente, la mecanización del cuerpo, el cálculo y control de sus movimientos y tiempos en la acción motriz del trabajo invadió otras actividades en el despliegue de la cultura burguesa, como el surgimiento de los

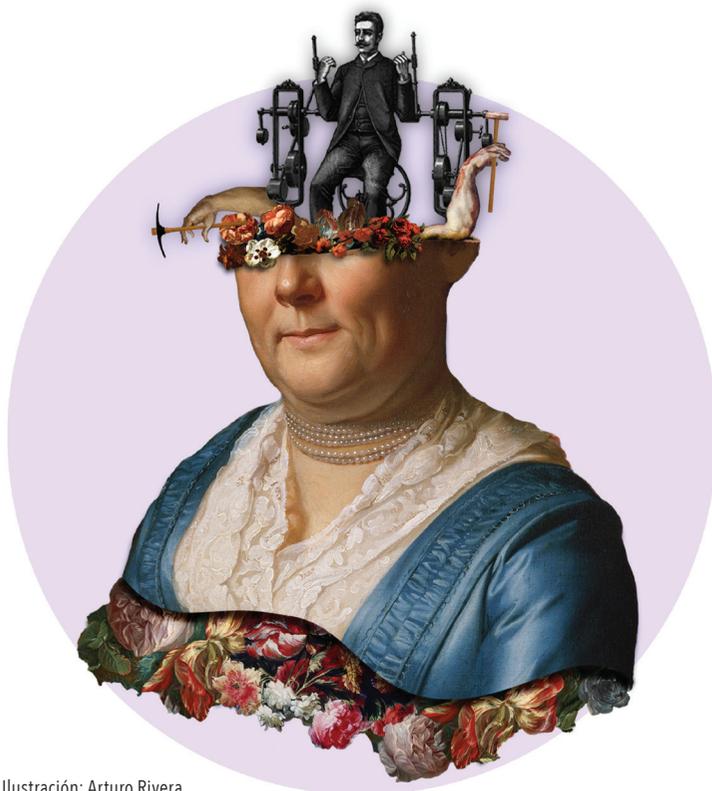


Ilustración: Arturo Rivera

gimnasios actuales, donde la actividad física consiste en el automatismo de los movimientos del cuerpo en ejercicios repetitivos sobre bandas mecánicas que simulan actividades urbanas propias del espacio público, en entornos privados y controlados como las caminadoras y escaladoras, u otros aparatos que simulan máquinas simples como las poleas cruzadas, tornos y palancas.

En el inicio del capitalismo industrial la obesidad era una característica de la burguesía, y los cuerpos fuertes y tonificados distinguían a la clase obrera,¹¹ ¿cómo podía la burguesía tonificar sus cuerpos sin tener que transformar la materia y sin tener que producir algo?, y además, ¿cómo lograr ese cuerpo en espacios reducidos sin tener que tocar la ciudad mientras se ejercitaban?: con gimnasios.

En contraste con lo anterior, en la Antigüedad griega los gimnasios eran espacios importantes para la educación física del ciudadano. Richard Sennet, en su libro *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, realizó una investigación profunda y documentada sobre la relación de la ciudad, la ciudadanía y la corporalidad en la Grecia antigua:

Los antiguos atenienses, que celebraban la desnudez del cuerpo, buscaron dar a la desnudez un significado físico en los gimnasios de Atenas y un significado metafórico en los espacios políticos de la ciudad [...] La palabra moderna "gimnasio" procede de *gymnoi* en griego, que significaba desnudos. El cuerpo desnudo y bello parece un regalo de la Naturaleza, pero recordemos que para Tucídides era un logro de la civilización. El gimnasio enseñaba a los jóvenes atenienses a desnudarse [...] Era en el gimnasio donde el joven aprendía que su cuerpo era parte de una colectividad más amplia llamada la *polis*, que el cuerpo pertenecía a la ciudad.¹²

Así vemos cómo los espacios destinados a la educación y entrenamiento del cuerpo se han transformado sustancialmente, con una repercusión directa en su relación con la ciudad. A esta condición histórica se agregan las formas de articulación de los modos de producción, la ideología y el orden político,

que condicionan el papel del cuerpo de los seres humanos.

El capitalismo reorienta las relaciones del sujeto y su cuerpo, porque el sistema genera ganancias a través de nuestra corporalidad, de sus tiempos y movimientos.

La masa: una posibilidad de la arquitectura moderna

Después de plantear la complejidad del fenómeno de tocar, podemos pensarlo como una experiencia demasiado cotidiana en la ciudad, porque desde el siglo XIX entró en escena un fenómeno social que caracteriza nuestra época: las masas, es decir, la experiencia colectiva y apretada de habitar y transitar la ciudad. Con la Revolución industrial y el capitalismo, las mercancías tienen la posibilidad de reproducirse para el consumo masivo, es decir, tanto los seres humanos como las cosas se masifican en la modernidad. Esta nueva realidad requirió y se reflejó en tipologías urbano-arquitectónicas posibilitadas por los materiales de la época como el acero, el hierro, el cristal y el concreto. Se transformó la función y capacidad de los espacios arquitectónicos; con el uso del acero se hizo posible sostener y mantener estructuras capaces de abrir el espacio para conglomerar gente y albergar su tránsito, como las estaciones de ferrocarril, los pabellones y los pasajes comerciales¹³ (cuyas paredes se convirtieron en una piel de vidrio transparente). Con esto queremos decir que fue precisamente un fenómeno arquitectónico lo que posibilitó que los individuos se percibieran a sí mismos y en ciertos contextos como masa.

La arquitectura moderna es un fenómeno de masas. Los nuevos procedimientos constructivos, las herramientas y materiales que se comenzaron a utilizar en la eclosión de las vanguardias artísticas y arquitectónicas del siglo XX, afectaron de manera radical la forma y la apariencia de la arquitectura, porque se comenzó a experimentar con la proyección industrial en todas las escalas, desde el diseño de los mobiliarios de objetos plegables y desmontables hasta las infraestructuras de circulación rápida y espacios de tránsito colectivo.

Desde el siglo XIX la ciudad moderna está densamente poblada y, por lo tanto, es cada vez más común rozar repentinamente con otros cuerpos, en los pasillos, en los elevadores, incluso en la calle. Rozar es una insoporrible posibilidad en la moderna vida urbana. Elias Canetti en su libro *Masa y poder* dice que cuando esto sucede, nos disculpamos con rapidez ante el contacto involuntario por la sensación de una intimidación inesperada que nos confunde y nos causa cierta aversión.

Nada teme más el hombre que ser tocado por lo desconocido. Desea saber quién es el que le agarra; le quiere reconocer o, al menos, poder clasificar. [...] Todas las distancias que el hombre ha creado a su alrededor han surgido de este temor a ser tocado. Uno se encierra en casas a las que nadie debe entrar y sólo dentro de ellas se siente medianamente seguro. [...] La manera de movernos en la calle, entre muchos hombres, en restaurantes, en ferrocarriles y autobuses, está dictada por este temor. [...] aunque no haya modo de estar seguro de que lo sea, todo este nudo de reacciones psíquicas en torno al ser tocado por lo extraño, en su extrema inestabilidad e irritabilidad, demuestra que se trata de algo muy profundo que nos mantiene en guardia y nos hace susceptibles de un proceso que jamás abandona al hombre una vez que ha establecido los límites de su persona.¹⁴



Ilustración: Arturo Rivera

Nuestra vida transcurre tal vez más entre las multitudes que en aislamiento, en espacios como el transporte colectivo, la fábrica, los cines, los antros, los comedores laborales y demás lugares sumamente poblados, donde socializamos, nos transportamos, producimos o nos divertimos; además de los eventos propiamente masivos, es decir, donde la masividad es el sentido de la existencia del propio evento, como las manifestaciones, conciertos, peregrinaciones, mítines políticos, maratones, etcétera. Lugares y eventos donde somos tocados inevitablemente por la aglomeración y donde quizás las reglas del contacto de los cuerpos se replantean en una lógica que se opone al miedo.

Sólo inmerso en la masa puede el hombre redimirse de este temor al contacto. Se trata de la única situación en la que este temor se convierte en su contrario. Es esta densa masa la que se necesita para ello, cuando un cuerpo se estrecha contra otro cuerpo, densa también en su constitución anímica, es decir, cuando no se presta atención a quién es el que le "estrecha" a uno. Así, una vez que uno se ha abandonado a la masa no teme su contacto. [...] Acaso sea ésta una de las razones por las que la masa procura estrecharse tan densamente: quiere desembarazarse lo más perfectamente posible del temor al contacto de los individuos.¹⁵

Los eventos masivos son el signo de nuestros tiempos, de nuestra amontonada vida urbana, pues representan escenas en donde se pone en duda la existencia individual porque la masa se ha convertido en una nueva subjetividad.¹⁶ En esos eventos y en esos espacios colectivos nos reconciamos con nuestra masificada modernidad posindustrial y nos reconciamos con el riesgo de que nuestros cuerpos se toquen hasta el confort.

Aunque no existe como tal una historiografía de las masas, los censos poblacionales en México rebelan un *boom* demográfico en las ciudades en la década de los años cuarenta y cincuenta, esto evidentemente transformó las prioridades de la arquitectura, las metodologías del diseño urbano y las formas de producción de los objetos de diseño. A pesar de esto, la historia de la arquitectura, del urbanismo y del diseño no ofrecen muchas investigaciones ni suficiente atención al fenómeno que describimos, esto es sorprendente porque las multitudes, las masas, son causa y consecuencia de estas disciplinas en la modernidad.

El diseño arquitectónico y el diseño urbano pueden moldear, contener, diluir, obstruir o motivar la formación de multitudes. Y muchas de las teorías y de los proyectos urbano-arquitectónicos del siglo xx aumentaron exponencialmente su escala, como la Ciudad Universitaria, de la Universidad Nacional Autónoma de México de 1954; junto a otros famosos casos como el Zócalo de la Ciudad de México que tenía un jardín con fuentes y árboles para el paseo ciudadano, y que cambió, en la década de los años cincuenta, por una plancha-plaza política con una capacidad de albergar las aglomeraciones más numerosas de Latinoamérica. A menudo se piensan estas intervenciones como imposiciones del yugo de poder estatal, como es el caso la intervención urbana de Haussmann, en el París del Segundo Imperio de Napoleón; sin embargo, en otros casos, también existen edificios públicos que tienen una intención democrática, como el Museo de Arte Contemporáneo de São Paulo, de Lina Bo Bardi, que está suspendido y sostenidos por dos grandes marcos rojos y que abren el espacio a nivel de calle para facilitar la formación de multitudes a lo largo de la Avenida Paulista, un recorrido muy utilizado por la protesta ciudadana.



Ilustración: Arturo Rivera

Walter Benjamin pensaba el fenómeno de las masas como un sujeto colectivo de donde podría surgir tanto la revolución social, como la legitimación del propio exterminio de las masas alienadas, en el caso del fascismo alemán. En este sentido tanto las masas como las edificaciones destinadas a su habitación tienen ambas posibilidades. Siguiendo a Benjamin, la arquitectura y el diseño urbano pueden buscar la “estetización de la política” al embellecer el poder en aras de neutralizar las resistencias de la ciudadanía, o pueden buscar la “politización del arte,” en donde la arquitectura y el diseño urbano se conviertan en sí mismos piezas que interpretan la época, asumen una postura y critican sus contextos, adaptándose y ofreciendo condiciones de posibilidad para la lucha política.

El ensayo de Georg Simmel de 1903 “La metrópolis y la vida mental” recoge preocupaciones sobre el enfrentamiento entre la individualidad y la colectividad en la vertiginosa urbe moderna, el sitio en el que se intensifican los estímulos nerviosos de nuestra mente y cuyas terminaciones transitan todo nuestro cuerpo. Los fenómenos de masas son siempre acontecimientos urbanos que se apropian del espacio público, y al mismo tiempo, los espacios de la ciudad también se apropian de las masas, dándoles forma. Las masas existen cuando hay un espacio que se satura, desde un microbús hasta una plaza central. Sin embargo, la idea de colmar un espacio de cuerpos hasta casi rebozarlo es ceder el espacio vital para generar una nueva vitalidad multitudinaria que puede a veces disfrutarse en su acotada temporalidad, como en un concierto de rock, o que puede padecerse como cuando se tocan nuestras manos en los tubos con los que balanceamos el movimiento en el transporte colectivo en hora pico.

La vida colectiva en las ciudades establece relaciones asimétricas de poder; esta política ciudadana se genera entre los diferentes actores que habitan la ciudad e implica vínculos de autoridad y opresión, en los eventos masivos la voluntad de poder se distribuye de otro modo, porque el *ego* al mirarse como parte de la unidad multitudinaria expande su individualidad y se propaga produciendo nuevas formas de entender la intimidad.

Esto, visto como fenómeno erótico, implica transformaciones políticas. Byung-Chul Han, en su libro *La agonía del Eros* dice que “En la relación de poder y dominación me afirmo y opongo al otro en la medida en que lo someto. En cambio, el poder de Eros implica una impotencia en la que yo, en lugar de afirmarme, me pierdo en el otro o para el otro, que me alienta de nuevo.”¹⁷ En el erotismo se diluye el *ego*, y por lo tanto, también las relaciones de poder se ponen en suspenso porque la masa forma nuevas geometrías donde no existe la asimetría del poder, un fenómeno formal y corporal que podría y debería tal vez pensarse desde las disciplinas de la arquitectura, el urbanismo y el diseño.

Notas

1. Marco Vitruvio Polión, “Las comunidades primitivas y el origen de los edificios”, en *De Architectura* (Madrid: Alianza Forma, 1997), 53.
2. Peter Sloterdijk, *Esferas II. Globos, macrosferología* (Madrid: Siruela, 2003), 202.
3. Peter Sloterdijk, *Esferas II*, 204.
4. Peter Sloterdijk, *Esferas II*, 204.
5. La palabra “hogar” proviene del latín *focus*, que es de donde viene la palabra “fuego” en español. *Focus* significaba tanto fuego como hogar, o fogar, porque es común el paso de la “f” inicial latina, a la “h” del español.
6. Peter Sloterdijk, *Esferas II*, 205.
7. Ver Jean-Luc Marion, *El fenómeno erótico. Seis meditaciones* (Buenos Aires: Ediciones literales / El cuenco de plata, 2005), 134.
8. En “The Disciple,” Oscar Wilde reinterpreta el mito de Narciso y cuenta la forma en que se enamoró de su reflejo en el lago, mas no de sí mismo. En el cuento existe una relación de enamorados: el lago llora amargamente la muerte de Narciso quien, al agacharse, le permitía ver en sus ojos el reflejo de sus aguas. “I loved Narcissus because, as he lay on my banks and looked down at me, in the mirror of his eyes I saw ever my own beauty mirrored.”
9. Octavio Paz, *El laberinto de la soledad. Postdata. Vuelta al laberinto de la soledad* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2004), 9.
10. Jean-Luc Marion, *El fenómeno erótico*, 50.
11. Ver Thorstein Veblen, *Teoría de la clase ociosa* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2005).
12. Richard Sennet, *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental* (Madrid: Alianza Editorial, 2010), 27, 47 y 50.
13. Los pasajes son espacios semicerrados de flujo continuo de transeúntes que deambulan por la ciudad. Pasear por la ciudad se volvió desde entonces una manera de curar el aburrimiento, mientras se vive y se habitan espacios que exhiben mercancía.
14. Elias Canetti, *Masa y poder* (Madrid: Alianza, 2010), 7.
15. Elias Canetti, *Masa y poder*, 8.
16. Peter Sloterdijk, *El desprecio de las masas. Ensayo sobre las luchas culturales de la sociedad moderna* (Valencia: Pre-textos, 2017).
17. Byung-Chul Han, *La agonía del Eros* (Barcelona: Herder, 2016), 21.

Sandra Loyola Guízar

Licenciada en Filosofía, maestra en Arquitectura

Facultad de Arquitectura,

Universidad Nacional Autónoma de México

✉ sandraloyolaguizar@gmail.com